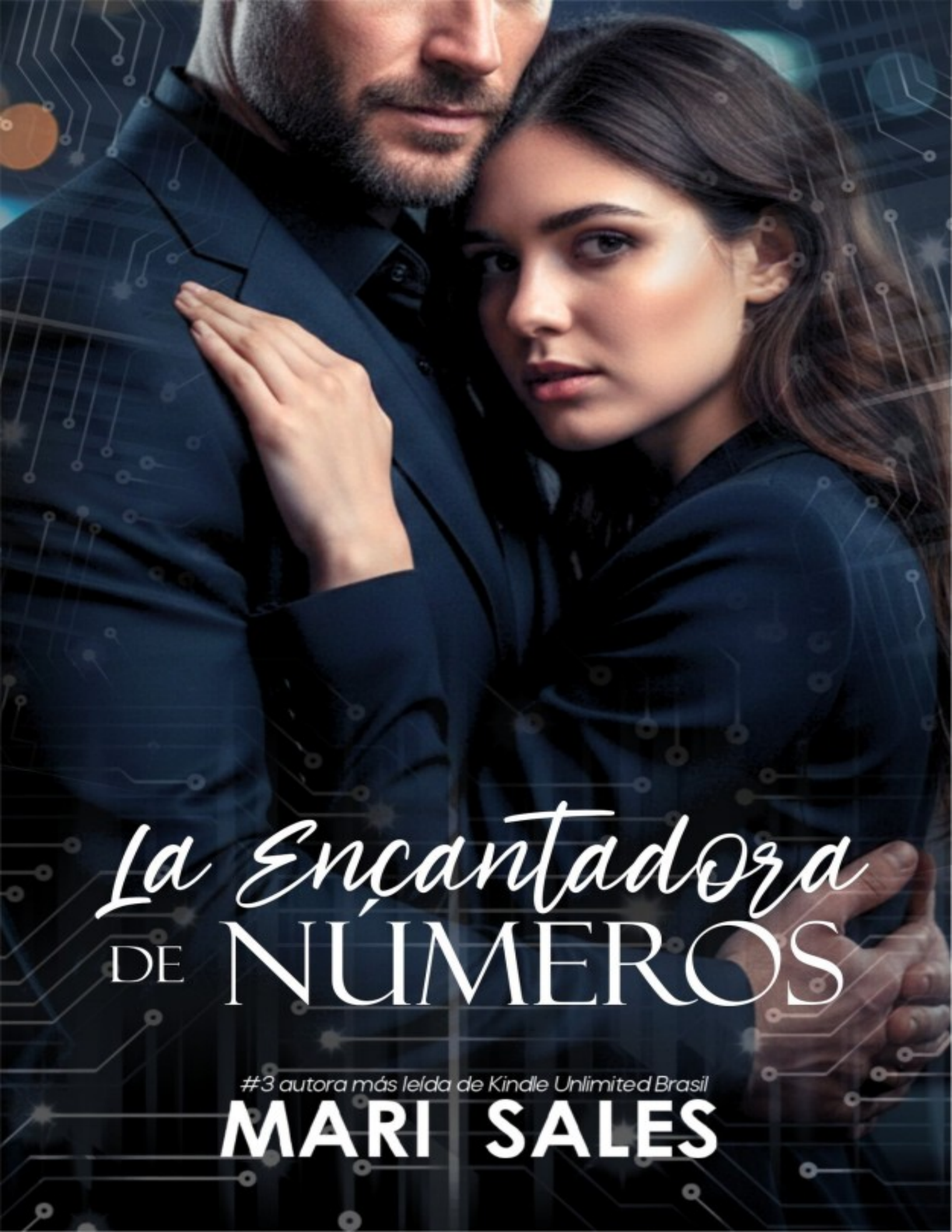

La Encantadora
DE NÚMEROS
#3 autora más leída de Kindle Unlimited Brasil
MARI SALES

La Encantadora de NÚMEROS

#3 autora más leída de Kindle Unlimited Brasil

MARI SALES

1ª Edición

2026

Copyright © Mari Sales

Todos los derechos reservados.

Creado en Brasil.

Edición Digital: Criativa TI

Esta es una obra de ficción. Su único propósito es entretener al público. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con nombres, fechas y sucesos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible—, sin el consentimiento por escrito de la autora.

Creado en Brasil. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.° 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Indice

Dedicatoria
Sinopsis
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Agradecimientos
Sobre la Autora
Otras Obras

Dedicatoria

Para Ada Lovelace, la primera Encantadora de Números.

Tú viste poesía en las máquinas cuando el mundo solo veía cálculo.

En el siglo XIX, vislumbraste el futuro; en el siglo XXI, yo recojo tu inspiración.

Como científica de la computación y escritora, este libro es mi legado de gratitud a la mujer que me enseñó que el código también puede transformarse en arte.

Sinopsis

Lectura rápida – Age gap – Romance de oficina

Ada ha irrumpido en el centro de datos más seguro del país para ejecutar un algoritmo revolucionario. Alexander Thorne, el implacable CEO, la ha pillado in fraganti y no permitirá que la atrevida nerd se marche sin darle explicaciones.

Ella es joven, rebelde y visionaria. Él es mayor, dominante y escéptico. La tensión entre la genio de la programación y el magnate de la tecnología estalla en una noche de pasión prohibida.

Un homenaje audaz a Ada Lovelace, la matemática y escritora inglesa, precursora de los algoritmos y los lenguajes de programación.

Newsletter: http://bit.ly/37mPJGd

Capítulo 1
Ada

Ser inteligente no me impedía tomar decisiones imprudentes.

El frío que traspasaba mi ropa, que no tenía nada de térmica, me recordaba lo impulsiva que estaba siendo; nada lógica, al contrario que los números que tanto amaba.

Sabía que no debería estar allí, pero la necesidad me dominaba, hacía que me dolieran las neuronas. Mis dedos bailaban sobre las teclas iluminadas, introduciendo comandos que podrían cambiar el futuro de la inteligencia artificial para siempre. El aire acondicionado mantenía la sala de servidores a una temperatura glacial, preservando las máquinas y evitando el sobrecalentamiento de los circuitos digitales. Cada respiración entrecortada formaba una pequeña nube blanca frente a mis labios, resecos por el frío.

Odiaba el frío, por mucho que lo necesitara en mi sector.

Con el corazón a mil, sentía que estaba cada vez más cerca. Necesitaba aquella potencia de procesamiento para ejecutar un programa especial, heredado, aunque solo fuera por una noche. La luz roja del servidor principal parpadeaba a un ritmo constante; otras luces azules y verdes transformaban el ambiente en una especie de decoración navideña nerd.

Me ajusté el gorro, cubriéndome las orejas. Estaba tan concentrada en lo que hacía que oí el estruendo de la puerta de acero al abrirse demasiado tarde. Me quedé petrificada con las manos suspendidas sobre el teclado; sentí que se me helaba la sangre y un escalofrío, de frío y de miedo, me disparó las pulsaciones.

¡Mierda, me habían pillado!

Una silueta alta apareció en mi visión periférica, justo a mi lado, bloqueando la poca luz que había en la sala. A diferencia de mi, que llevaba un abrigo enorme y pantalones forrados, él vestía solo un traje, como uno de esos ejecutivos de grandes empresas que tanto odiaba visitar para dar asistencia técnica en los servidores. De hecho, todo lo que rodeaba a los altos ejecutivos, el dinero y el poder me sacaba de quicio.

Se detuvo demasiado cerca. Giré la cabeza solo lo justo para ver cómo cruzaba los brazos y levantaba la barbilla, dominante. Tenía unos ojos oscuros y analíticos que escudriñaban mi rostro y la pantalla llena de código que tenía delante. Era bastante mayor que yo, pero lo justo para entrar en mi baremo de hombres atractivos por los que perdería unos segundos viendo sus vídeos en redes sociales. ¿Lo habría visto antes? Su curiosidad fría calculadora estaba haciendo algo más que asustarme: despertaba mi admiración.

—Tienes exactamente diez segundos para decirme por qué no debería llamar a mi jefe de seguridad o dar parte a la policía —su voz grave vibró en el aire frío y lanzó un rastro de condensación hacia mí.

—¿Estamos en el siglo XVIII? Hoy en día, tendría derecho a un abogado o a una llamada.

—¿Además de criminal, eres una graciosa?

—¿Eso me concede unos segundos más para mi defensa? —le pregunté arqueando una ceja.

—¿Quién eres y qué haces en mi empresa?

—¿Sabía que estamos en crisis por falta de memoria RAM?

—¡Responde a mi pregunta!

El trajeado invadió mi espacio personal; su aroma amaderado, ligeramente picante, hizo que perdiera el enfoque del sentido común. Respiré hondo, absorbiendo no solo la esencia que hacía a aquel hombre aún más atractivo, mas también lo que nos

rodeaba. Servidores y un hombre imponente: mi punto débil; estaba perdida.

Parpadeé varias veces cuando su mano rodeó mi brazo con un agarre firme, pero no doloroso. No estaba para bromas; aquello no era un bar ni un evento donde pudiera elegir a un nerd para divertirme el fin de semana.

Tragué saliva y sentí que la garganta me raspaba mientras intentaba recordar qué era lo que quería saber. Ah, sí: mi nombre y el motivo de haber irrumpido en la sala de servidores para aprovechar una potencia de procesamiento que escaseaba últimamente, en tiempos de inteligencia artificial. Por mucho que él mereciera saberlo todo, yo no podía claudicar sin oponer resistencia.

—¿Puedes soltarme? Solo necesito diez o quince minutos más; después podemos hablar.

—¿Podemos? —Acercó su rostro al mío, en actitud amenazante, aunque yo o interpreté como seducción. Le echaba la culpa a la cantidad de animes que había visto con protagonistas antihéroes—. ¿Quién te crees que eres?

—Nunca lo sabrás si no me dejas terminar.

—¡Basta! —Me dio un tirón y se alejó un paso—. Voy a llamar a la policía.

—Si involucras a las autoridades, perderás la oportunidad de ser el primero en adquirir una nueva versión de inteligencia artificial —intenté mantener la voz firme, a pesar de que el corazón me iba a mil y me temblaban las piernas.

—¿Quién te crees que eres? —Nos quedamos frente a frente; me soltó, pero su postura seguía intimidándome—. ¿De dónde has salido?

—¿Puedo terminar? —Señalé la pantalla, que esperaba los últimos comandos para que el script se ejecutara y mi código pudiera compilarse en aquel servidor.

—Eres muy valiente o muy insolente, niñata.

—A las personas como yo se nos suele confundir con esos adjetivos. Soy una entusiasta de la tecnología —di un paso lento de vuelta al teclado y al monitor que daba acceso al servidor—. Soy Ada, más conocida como la Encantadora de Números. Puedo...

—Sigue hablando.

—Necesitaba un ecosistema con mucha memoria para procesar este script y, después, compilar mi programa. Intenté hackear tu firewall, pero tienes un F5. Sola no habría podido, tendría que haber llamado a Chipset para que me ayudara, lo cual no era una opción. Ese niño rico militante del software libre habría lanzado mi código a la red. En fin, como no pude acceder a tu infraestructura de forma remota, tuve que actuar in loco.

—F5, firewall, Chipset, software libre... Sé más clara, Ada.

—¿Trabaja usted en una empresa tecnológica y no sabe lo básico?

—Tú entiendes mucho de informática, pero no sabes lo básico de las leyes: allanamiento de morada y de propiedad privada es un delito.

—Claro que conozco las leyes, mis derechos y mis deberes. Solo he elegido transgredirlas un poquito —hice el gesto de "poco" con los dedos pulgar e índice antes de volver al teclado, ignorando la mirada indignada de aquel trajeado guaperas—. Hay sacrificios necesarios para el avance de la tecnología.

—¿Eso incluye tu libertad?

—¡No! —solté con fuerza, y luego me reí de mi propia reacción—. Tal vez un certificado de antecedentes penales. Es la primera vez que me salto la ley, tengo que aprovecharlo.

Él se acercó mientras yo tecleaba, revisando variables y comandos en la pantalla línea a línea. Sentí el calor que irradiaba su cuerpo a través de mi ropa pesada, lo que confirmaba mi pésima elección de abrigo; no protegía nada. La diferencia de temperatura entre nosotros creó una corriente eléctrica invisible que me erizó el vello de la nuca y de los antebrazos.

Su cabeza se acercó a la mía; sus labios, muy cerca de mi oreja, prolongaron el escalofrío. Aun así, mis dedos siguieron tecleando, cada vez más rápido, con más prisa por concluir el objetivo.

—Muéstramelo, Encantadora de Números —ordenó el trajeado, desafiando mi competencia y mi audacia al mismo tiempo —. Quiero ver si vales la pena.

¿Por qué estaba pensando en escenas tórridas entre nosotros dos en lugar de en lo que necesitaba para ejecutar mi script lo antes posible?

Sacudí la cabeza para alejar aquellos pensamientos indebidos y volví a concentrarme en las palabras reservadas, las variables y las estructuras de decisión. Mis dedos pulsaban las teclas con una confianza renovada; era la primera vez que trabajaba bajo la presión de un desconocido por el que me sentía terriblemente atraída.

—Cuando esto esté funcionando... —Mi entusiasmo, al llegar a las últimas líneas de código, fue imposible de contener.

—Interesante —él miraba la pantalla como si entendiera algo.

—Esto es solo el back end, lo que usamos los programadores o quien tenga que hacer el mantenimiento, si es que llega a ser necesario. Para que usted lo use, habrá una interfaz de usuario.

—Hum...

El reflejo de las luces parpadeantes de los servidores revelaba mucho más que sus observaciones superficiales. Me estaba manipulando, fingiendo que no entendía para que yo bajara la guardia y me delatara si decía alguna estupidez.

Antes de que pudiera teclear los últimos comandos, dio un paso lateral y se situó detrás de mí. Sus brazos me acorralaron, sus dedos se posaron sobre los míos y bloqueó la pantalla.

—Ya he entendido —declaró, tirando de mí para alejarme.

—¡Oye! Estaba casi terminando —me resistí para intentar seguir pegada al servidor.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? ¿Quién eres?

—Alexander Thorne, aunque puedes llamarme el CEO de YasTech.

No era solo un trajeado intimidante, sino el dueño de la empresa; la autoridad máxima de aquel edificio con tres plantas subterráneas de servidores de última generación y la mayor potencia de procesamiento. Rico, poderoso y con un historial de influencia contra el que yo no podría combatir ni con mi inteligencia ni con mi tecnología.

Dios mío, iba a acabar en la trena o algo peor.

Mientras me arrastraba por los pasillos llenos de armarios de servidores, yo buscaba la mejor manera de escapar.

—Señor, por favor...

—Lo he entendido —nos detuvimos frente a la puerta que yo había burlado tan fácilmente para entrar. Su mirada se encontró con la mía y la mano que rodeaba mi brazo mantuvo su presión de dominio—. Necesitas potencia de procesamiento y la tendrás.

Solté el aire que ni siquiera sabía que estaba reteniendo, sintiendo cómo mis hombros se relajaban por primera vez en horas.

—Pero bajo mis términos y con algunas condiciones —usó su biometría para salir de la sala de servidores y me arrastró con él.

—¿Está negociando antes de ver el producto en funcionamiento?

—Ya he visto todo lo que me interesa —me miró de reojo, ocultando una sonrisa, y de nuevo aquel escalofrío me recorrió de arriba abajo, despertando mucho más de lo que me gustaría en el momento de peligro en el que me encontraba.

—No vale echarse atrás después. No he firmado ningún contrato.

—Esto es una negociación real, Ada.

Dejé de resistirme y lo acompañé por los pasillos hasta el ascensor. No me soltó ni mientras subíamos hasta la última planta ni mientras atravesábamos aquel piso de lujo, con una recepción clásica, sofás de cuero y un gran logotipo pintado en la pared.

Entramos en un despacho al que solo tendrían acceso los millonarios y me hizo sentar en un sillón de dirección, tras una robusta mesa de madera. Tenía en la punta de la lengua algún comentario ingenioso, pero me mantuve callada porque Alexander apoyó la cadera en el lateral de la mesa, cruzó los brazos y levantó la barbilla, con el control total de la situación. Al menos en aquella sala no pasaría frío; la temperatura era mucho más agradable.

—Continuarás donde lo dejaste desde mi ordenador. Todos tus pasos quedarán registrados y documentados. Mientras tecleas, podrás usar la boca para explicarme qué te llevó a irrumpir en mi empresa y en mis servidores de manera clandestina, en lugar de hacer una solicitud formal y lícita.

—Estoy lista para dar explicaciones —cerré los ojos un momento y respiré hondo—. La cuestión es: ¿está usted listo para escuchar hasta el final antes de juzgarme?

—Voy a necesitar café para eso. ¿Quieres uno?

Asentí con la cabeza, dándome cuenta de que no había respondido a mi pregunta; me estaba manipulando con medias verdades.

Aquella madrugada iba a ser larga y yo no tenía ni idea de cómo terminaría.

Capítulo 2
Ada

Me hundí en el elegante sillón de cuero, sintiendo cómo el calor envolvía mi cuerpo cansado y tenso mientras el trajeado preparaba el café. No tenía ninguna prisa; el hombre parecía estar en su casa, no en un despacho con una intrusa inteligente. Analicé mis posibilidades de huida, pero las descarté todas: con la fuerza que tenía aquel hombre en el brazo, me detendría a mitad de camino sin el menor esfuerzo.

¿Por qué demonios me saltaba el gimnasio? Vale, me encantaba nadar, pero me daba vergüenza usar ropa tan reveladora delante de los demás, lo que me obligaba a quedarme en casa, trabajando frente al ordenador y descansando solo para ver series sentada sobre una pelota de pilates.

—Café Especial Novais, una cosecha exclusiva que se sirve solo en mi empresa. Espero que sea de tu agrado; no hay azúcar disponible —se dio la vuelta con dos tazas pequeñas y se dirigió hacia mí. Si supiera que yo me tomo el triple de eso en un solo turno de trabajo, y de una marca muchísimo peor, no estaría gastando dinero en café gourmet conmigo. Alexander dejó la taza sobre la mesa y se quedó de pie a mi lado—. Bebe. Tómate un respiro. Parece que te vas a desmayar antes de empezar con la explicación.

—No has respondido a mi pregunta.

—Si alguien te anima a hablar, significa que quiere escuchar.

—Esa es la cuestión: términos imprecisos —levanté la mirada hacia la suya y tragué saliva—. En este momento, solo me interesa una cosa. ¿Estás dispuesto a escucharme sin juzgar?

—¿En qué programa estás trabajando?

—Madre mía, es como intentar ponerle puertas al campo —me froté la cara con las manos y cogí la taza de café, frustrada porque el hombre fuera tan esquivo—. ¿Qué problema hay con el sí o el no? ¡La respuesta es sencilla!

—La pregunta no lo es. El mundo en el que vivimos no es objetivo, ni una ecuación numérica; es un análisis complejo con múltiples variables. Por eso, no esperes objetividad por mi parte; de lo contrario, no estaríamos hablando en mi despacho, sino en una comisaría.

—No hace falta que me amenaces.

—Mi intención no era intimidarte —dio un suspiro profundo, acercó el teclado hacia su lado, dejó la taza de café a un lado y tecleó rápidamente, habilitando el acceso—. Vamos, haz tu magia, Encantadora de Números, antes de que se me agote la paciencia.

—Al menos, garantízame que no voy a salir de aquí esposada cuando terminemos.

—Yo no soy el villano en esta historia. Te he dado el beneficio de la duda; ahora te toca a ti hacer lo mismo conmigo —me guiñó un ojo, volvió a coger la taza y se quedó de pie a mi lado, firme como un roble. En la pantalla del ordenador aparecieron líneas de comandos familiares; solo faltaba la parte final. Habría sido más fácil traerlo todo en un pendrive, pero no podía dejar rastro; tenía que parecer que un empleado lo había tecleado todo allí mismo—. Te he dado acceso remoto al servidor en el que estabas trabajando. Este es tu código, ¿verdad? ¿Qué es lo que hace?

Cerré los ojos un instante, tomé un sorbo de café y me mordí la lengua para no soltar un elogio. Realmente tenía un sabor divino; tuvo el poder de desatarme la lengua:

—Me llamo Ada, en honor a Ada Lovelace. Mi padre era un apasionado de la tecnología, uno de esos frikis obsesionados que acabó perdiéndose en su propia mente y murió antes de lograr algo grandioso. Bueno, eso era lo que yo creía.

—Siento mucho tu pérdida.

—Gracias, pero ya lo he superado. Tuve un padrastro increíble —me llevé la mano a la boca para evitar hablar más de la cuenta. Si llegaba a saber demasiado sobre mi vida, podría ponerles a todos en el punto de mira. Empecé a teclear; Alexander acercó una silla para sentarse a mi lado y vigilar mi ejecución—. En fin, mi padre guardaba algunos CD y copias de seguridad en cajas, encima del armario. Cuando nos mudamos, mi madre amenazó con tirarlo todo; la tecnología del pasado no sirve para nada. Como hija, quise echar un vistazo a lo que había allí antes y descubrí esto —solté una risa animada, la misma de aquel día cuando encontré los códigos y las notas—. Mi padre desarrolló un sistema complejo de aprendizaje con los recursos limitados que tenía en su época. En cuanto le puse el ojo encima, conseguí traducirlo a un lenguaje más moderno usando la tecnología actual.

—¿Tu padre ya pensaba en inteligencia artificial en aquella época? ¿De qué año estamos hablando?

—No importa. Ada Lovelace ya pensaba así en el siglo XIX; mi padre lo perfeccionó y yo, con tu servidor, haré que funcione —solté el aire al teclear la última línea de comando, comprobé lo que había en pantalla y señalé el teclado—. ¿Quieres hacer los honores y darle a compilar?

—¿Por qué tengo la sensación de que esto podría cargarme toda la infraestructura?

—Ese es el beneficio de la duda surtiendo efecto —cogí la taza y la levanté hacia él, poniendo mi mejor cara de misterio. Su mirada era intensa, desafiándome a crear el caos delante de sus narices—. Es solo un script; tus servidores y tu red están a salvo, no supone ningún gasto de memoria RAM ni de ancho de banda.

—¿Y después qué pasará?

—Voy a abrir el programa que utiliza este script.

Él hizo clic en ejecutar y contuve la respiración durante unos segundos. La barra de progreso avanzó rápidamente; la pantalla se congeló mientras el ventilador de los servidores debía de

estar rugiendo por el uso excesivo de procesamiento. Sonreí cuando las luces parpadearon —ya fuera a propósito o solo fruto de mis fantasías—; estaba haciendo historia con un CEO como testigo.

Alexander se acercó al ordenador y, por consiguiente, a mi silla. No me tocaba, pero el calor de su cuerpo era una presencia física constante y abrumadora a mi lado.

—¿Ha funcionado? —preguntó cuando el cursor volvió a parpadear y la pantalla se desbloqueó.

—Claro que sí, me sé este código de memoria, he hecho todas las pruebas necesarias —acerqué el teclado hacia mí, usé el ratón y abrí el navegador para acceder al programa. Una pizca de nostalgia me invadió y sonreí a la pantalla cuando vi aparecer la ventana de inicio de sesión—. Es como si oyera a mi padre celebrándolo detrás de mí, igual que en el vídeo donde salgo montando en bicicleta que tengo grabado de mi infancia.

—Aunque digas que ya has superado la partida de tu padre y que otro lo ha sustituido con maestría, sigue siendo tu padre. Aprendemos a lidiar con la herida, pero nunca desaparece.

—Ya... —me encogí de hombros, sintiendo que los ojos se me llenaban de lágrimas. Escribí mi usuario y contraseña, fui al menú de la aplicación y entré en la configuración. Introduje la dirección digital de la empresa, abrí la pantalla que ejecutaría el comando de inteligencia artificial y suspiré—. Está pasando.

—¿El qué? Parece una interfaz normal de inteligencia artificial.

—La diferencia es que esta puede acceder a todo —abrí mucho los ojos, escribí una petición y pulsé enter, esperando la respuesta.

—Pero... —el CEO se quedó sin palabras cuando apareció el resultado. No eran solo datos simples y superficiales, sino bancarios, correos electrónicos, todo—. Detén esto ahora mismo. No sé cuántas leyes estás quebrantando con ese código, ¡y estás convirtiendo mi empresa en cómplice! —se levantó, aterrado.

—No se puede rastrear.

—Es poco ético, invasivo...

—Quien nada debe, nada teme. ¿Tienes idea de cuántos delitos se podrían identificar con esto? De cuántas estafas se evitarían, porque este es el programa que todo lo ve, que a todo accede.

—¡Para!

—Tranquilo, Alexander, deja que termine de...

—¡Simplemente cierra eso y desactiva el script de mi servidor! ¡Ahora mismo, Ada!

No había lugar a dudas al ejecutar aquel comando: o lo obedecía, o me reprendería de formas que no me iban a gustar. Menos mal que mi programa guardaría la ejecución y el historial; no perdería la primera puesta en marcha de la obra de arte digital que inició mi padre.

Por supuesto que no lo borraría todo; dejé vestigios y un camino para ejecutarlo de nuevo cuando tuviera la oportunidad. Tecleé con ferocidad y empujé la silla hacia atrás al terminar.

Necesitaba largarme de allí antes de que Alexander se cabreara aún más. No tenía la misma visión del mundo que yo. Mi intención no era compartirlo con todo el mundo, sino habilitar a las autoridades que lucharían para protegernos. Era un arma para nuestro beneficio; solo perjudicaría a los villanos.

Antes de que pudiera rodear la mesa, me atrajo hacia él con facilidad, haciendo que mi cuerpo chocara levemente contra su pecho firme durante un instante. El contacto fue eléctrico, enviando una sacudida directa a mi vientre y haciendo que el aire se me escapara por completo. Aquella mirada intensa otra vez... Dios mío, estaba perdida.

Alexander no me soltó de inmediato; mantuvo el contacto visual mientras el aire entre nosotros se volvía denso y cargado de provocación.

—Eres peligrosa, Ada —susurró, tan cerca que sentí su aliento cálido a café rozar mis labios—. No solo para la seguridad digital, sino para mi cordura en esta noche tan larga.

—Bueno, hemos terminado por aquí. Tú haces como que nunca me has visto y yo me olvido de lo que ha pasado —intenté apartarme, pero me mantuvo cautiva—. Alexander, lo he pillado: no quieres tener nada que ver conmigo. ¿Puedes dejar que me vaya?

—No.

—¿Cómo que no? —Mi corazón se aceleró; el deseo se transformó en miedo—. Yo quiero...

—No estás en posición de exigir nada.

—¿Qué pretendes hacer conmigo?

—Aún no lo he decidido —se dirigió hacia una puerta al fondo de la sala, fácil de confundir con un armario.

—¿A dónde vamos?

—A mi loft.

Abrió la puerta: era un ascensor. En cuanto las puertas se cerraron, me soltó y yo me alejé todo lo posible. Una sonrisa de labios apretados, depredadora, asomó a su rostro mientras yo me desesperaba por dentro.

—Yo no soy ese tipo de mujer —declaré.

—¿Qué tipo?

—De las que pagan sus deudas con favores sexuales.

—Ah, ¿entonces asumes que me debes algo?

—¡Mierda! —Agaché la cabeza y me di un palmetazo en la frente.

El ascensor llegó a la planta de abajo; un recibidor lujoso nos dio la bienvenida y Alexander tecleó un código, antes de usar su huella dactilar, para abrir una de las tres puertas.

—Agradezco la hospitalidad, pero prefiero irme a mi casa.

—Por ahora, te quedarás bajo mi radar, en mi cama, mientras pienso qué voy a hacer contigo —hizo un gesto caballeroso para que yo entrara primero. Al notar mi resistencia, se puso serio y suspiró—. Estás a salvo, no va a pasar nada. De verdad necesito tiempo para analizar lo que acabo de ver.

—Me has condenado antes siquiera de ver toda la ejecución.

—Porque no sabes lo que me pasa por la cabeza.

—No me necesitas a mí para pensar.

—Has invadido mi empresa, la sala más segura. Sí, te necesito cerca para analizar no solo el producto, sino toda la secuencia de hechos que nos han traído hasta aquí.

—Alexander, yo...

—Aun así, serás mi invitada, Ada. Por favor.

Debería negarme, pero siendo tan atento, ¿cómo iba a hacerlo? Mis piernas respondieron por mí; caminé hacia el interior del loft, que no era más que una enorme suite de hotel, con su propio salón, office, cocina y un dormitorio al fondo.

Me desplomé en el sofá; jamás me acostaría en aquella cama. Saqué el móvil del bolsillo, los auriculares, e ignoré al CEO de YasTech, que caminaba de un lado a otro y hablaba con las paredes, porque yo ya no le escuchaba.

Mi lista de reproducción sonaba mientras me distraía con las redes sociales y trazaba un plan para escapar. Por muy obediente que estuviera siendo, necesitaba ser tan audaz para huir como lo fui para entrar.

Me pesaron los párpados cuando el corazón recuperó su ritmo normal y la adrenalina desapareció de mi organismo. La música se había detenido antes de quedarme completamente frita, y las últimas palabras que oí fueron:

—Duerme, Encantadora de Números. Mañana decidiremos si eres una socia o una prisionera.

Capítulo 3
Ada

El sueño fue pesado, pero no me trajo el descanso que mi cuerpo exigía. Me desperté con el sonido estridente de un móvil sonando, profanando el silencio del lujoso loft. Me incorporé, arreglándome el pelo y bostezo mediante. El móvil se me cayó del regazo; debí de quedarme frita con él en las manos sin darme ni cuenta.

—¿Cómo que no? —El tono de urgencia en la voz de Alexander me llamó la atención y lo vi aparecer frente a mí, todavía de traje y corbata—. Pero si se cambiaron hace menos de un mes, lo comprobé personalmente —por lo visto, era algo grave; se pasó la mano por el pelo con desesperación—. No me importa quién venga ni lo que cueste, necesito que ese generador funcione.

—¿Problemas en el paraíso? —Fue imposible no soltar un comentario impertinente; me ponía de un humor de perros al despertar.

—Despierta a todo el mundo, llama a otra empresa, nuestros servidores no pueden quedarse desconectados —Alexander se apartó el móvil del oído y me clavó la mirada, enfurecido. Me encogí, temiendo haber buscado las cosquillas al león—. ¿Tienes experiencia con mainframes heredados?

—¿De qué año estamos hablando? ¿De 2010? —Fruncí el ceño, previendo la mitad de los marrones por los que estaba pasando.

—Del siglo pasado —cerró los ojos y sacudió la cabeza—. Claro que no, solo eres una niña; ni habrías nacido en esa época.

—Soy mayor de edad en todos los países, oiga. Tengo veintiuno —me levanté de un salto y estiré los brazos hacia arriba. Él

me miró más tranquilo; se podían ver los engranajes de su mente trabajando—. Quien te oiga hablar así pensará que el servidor tiene más de cien años. ¿Década de los noventa? Soy una nerd curiosa, me gusta la tecnología sin importar la edad. Aprendí mucho con los mainframes; su complejidad es parte de su encanto. He usado hasta tarjetas perforadas por pura nostalgia, si sabes a lo que me refiero —crucé los brazos y bostecé de nuevo—. Sigo teniendo sueño. ¿Qué hora es?

—Demasiado temprano.

—El momento perfecto —me acerqué a él y le tendí la mano para despedirme con un saludo—. Bueno, ya tienes bastante lío; yo tengo otros compromisos. Un placer, Alexander. Hasta luego.

—No —me apretó la mano y no me soltó—. Si sabes meterles mano, me vas a ayudar a poner en marcha los mainframes.

—¿Por qué? —Tiré de mi mano, pero él no me soltó. La adrenalina sustituyó al cansancio de inmediato, activando cada neurona de mi cerebro en modo de crisis técnica. No debería estar emocionada por aquella situación; lo más racional sería salir pitando de allí—. ¿Qué ha pasado?

—Ha llovido fuerte, han reventado algunos cables eléctricos y el generador no ha sido capaz de aguantar los equipos más antiguos. Tengo clientes importantes usándolos; se perderán millones con los servidores fuera de servicio.

—Joder, deberías obligar a todo el mundo a actualizarse. No tiene sentido mantener algo viejo funcionando tanto tiempo.

—Hay códigos que no se tocan y que tienen la misma relevancia que cuando fueron escritos. Tú lo sabes bien: viniste a mi empresa por un legado.

—Yo perfeccioné la programación de mi padre —levanté la barbilla, arrogante.

—Y tal vez eso sea lo que la ha hecho tan problemática.

Abrí la boca para replicar, pero me callé porque los códigos, las secuencias y la lógica se formaron en mi mente, dándole la razón. Sí, el código del pasado tenía potencial, pero se limitaba a una ética que no tenía sentido en la actualidad, con tanta libertad y deconstrucción de valores tradicionales.

¡Madre mía, aquel hombre tenía razón!

—Necesito un baño y café —conseguí soltarme y fui hacia la puerta abierta de la pequeña estancia.

—¿Me vas a ayudar?

—¿Me dejarás libre cuando terminemos? —me detuve y lo miré por encima del hombro.

—Sí, Ada. No te retendré conmigo más de lo necesario.

Tuve que quitarme la ropa de abrigo antes de poder asearme; la empresa tenía prisa, y yo también. Me cepillé los dientes con el dedo, me enjuagué la boca y me arreglé el pelo.

Cuando salí del baño, una taza de café me esperaba. Reconocí el aroma del café Novais; a partir de ese día, compraría ese grano para tomarlo en casa.

—Creo que me he pasado —me entregó la taza; parecía un vaso de refresco por el tamaño.

—A esto es a lo que estoy acostumbrada —la cogí y soplé —. Levantar el sistema operativo y los servicios que corren en él, ¿verdad? ¿Dónde me conecto?

—Vamos a volver a la sala de servidores —extendió el brazo y salimos juntos del loft hacia el ascensor, rumbo a las plantas inferiores.

Caminamos hombro con hombro; no me alejé durante el trayecto. Por un segundo sentí una extraña familiaridad, una confianza similar a la que tendría con amigos de toda la vida. Me quedé mirando el perfil de Alexander e intenté comprender el poder que emanaba; ¿qué era ese fenómeno que estaba ocurriendo y que no terminaba de registrar?

Él giró la cabeza hacia mí y, aunque el ascensor ya había llegado a su destino y las puertas se habían abierto, se quedó quieto, desnudando mi alma, atravesándome como si conociera todos mis secretos.

—Gracias —susurró con voz ronca, cargada de un sentimiento que no venía a cuento en ese momento. ¿Deseo?

—Dame las gracias cuando el sistema de tu cliente vuelva a funcionar —levanté la taza y salí la primera. Él me adelantó y nos guio hacia otra puerta, la de los servidores más antiguos.

Dos hombres canosos, mucho mayores que los jóvenes que solemos ver en tecnología, estaban sentados trasteando con un teclado. El primero llevaba las gafas apoyadas en la punta de la nariz, señal de que no se había adaptado a las progresivas y solo usaba las lentes para leer.

—¿Lo habéis conseguido? —preguntó Alexander, cruzando los brazos.

—Está dando error; creo que se ha corrompido el disco duro —el otro no parecía muy interesado en la solución—. Mejor dejarlo un tiempo apagado antes de volver a reiniciar.

—¿Y perder millones con el sistema fuera de servicio? —parafraseé al CEO. Pasé por su lado y me puse entre los dos señores, que bien podrían haber sido mis abuelos si estuvieran vivos. Comprobé el mensaje de error en la pantalla, puse los ojos en blanco y luego le di un sorbo a mi café—. No es el disco duro, es el arranque del sistema operativo. ¿Tenéis el pendrive de boot? ¿O un CD?

—¿Quién eres tú? —preguntó el primero.

—Dejadle sitio, Ada va a tomar el mando —ordenó Alexander, y ninguno de los dos se atrevió a replicar.

Acerqué la silla para sentarme, localicé el cajón del soporte del monitor y lo abrí, encontrando lo que necesitaba para iniciar el trabajo de reparación en aquel servidor que debería haberse jubilado hace muchísimos años.

Alexander se inclinó sobre el respaldo de mi silla; su pecho presionaba levemente contra mi espalda mientras observaba cada uno de mis comandos de cerca. Era obvio que no acertaría a la primera; el resoplido arrogante de uno de los empleados indicaba su satisfacción al verme fallar.

Intenté no distraerme con el calor de su cuerpo irradiando a través de mi abrigo; era peligroso pensar en guarradas en medio de semejante tensión técnica. Reinicié, tecleé comandos y fallé otras tantas veces intentando levantar aquel servidor. Sentí cómo su respiración se aceleraba en mi cuello, sincronizada con el ritmo frenético de mi tecleo urgente.

Miré de reojo: los dos señores habían salido de la sala; solo estábamos el CEO y yo. Lo que debería ser un momento tenso de resolución se estaba transformando en pura lujuria entre desconocidos.

Capítulo 4
Ada

—¿Cuánto tiempo más necesitas?

—Este no es el tipo de cosa que pueda predecir —respiré hondo y me mantuve imperturbable, concentrada en la pantalla—. No me metas presión o podría tardar más.

—Estás demasiado tranquila para alguien que tiene en sus manos el destino de una infraestructura de millones de dólares.

—La calma es lo que separa al nerd por afición del nerd genio —giré la cara hacia él; estábamos demasiado cerca—. ¿Por qué el CEO de la compañía está tan preocupado por algo tan operativo? ¿No tienes directores o gerentes que se encarguen de esto?

—Cuando eres el dueño de una gran empresa como la mía y has dedicado tu vida a alcanzar todas las metas profesionales, estás presente en todos los sectores.

—O sea, un adicto al trabajo. Tu mujer debe de estar negra con tus ausencias.

—No tengo familia.

—Deberías, aunque fuera un perro —acerqué la silla de mi lado y di un golpecito en el asiento—. Me estás desconcentrando estando tan cerca de mi cuello. Quédate aquí al lado.

Alexander me obedeció, pero se acercó aún más a mí, poniéndose a mi nivel y acorralándome con sus brazos y piernas. Tomé aire y volví a centrar mi atención en la pantalla, que parpadeó una, dos veces; el servidor se reinició, tecleé algunos comandos y cobró vida. La primera etapa estaba concluida. Ahora me tocaba poner en marcha los servicios.

La mano del CEO se deslizó desde el respaldo de la silla hasta mi hombro; su tacto firme y cálido me envió una sacudida eléctrica directa a la columna. El silencio en la sala era denso, interrumpido solo por nuestra respiración y el sonido lejano de un rayo; debía de haber empezado a llover de nuevo ahí fuera.

—Estoy revisando el historial de servicios activos para iniciarlos uno a uno. ¿O tienes alguna documentación?

—Hazlo a tu manera; luego mis empleados comprobarán lo que sea necesario.

—De acuerdo.

—Eres buena, Ada. ¿Dónde trabajas?

—Soy autónoma —sonreí sin mirarlo—. Soy demasiado rebelde para seguir órdenes y reglas, no funcionaría.

—¿Qué tipo de trabajos haces?

—De todo un poco. Si hay sistemas e internet de por medio, encuentro la forma de hacerlo.

—¿Vives con tus padres?

—Sola; me mantengo yo misma.

—Eres valiente, Encantadora de Números.

—El miedo es solo una variable que puede descartarse en el algoritmo de la vida —no supe de dónde había salido aquella reflexión, ni por qué mi tono de voz había sido tan bajo y sensual. Terminé un comando, el servicio se inició en el servidor y miré a Alexander; tenía su rostro pegado al mío, casi besándome—. Y yo domino el lenguaje de programación que rige mi vida. ¿Y tú?

—Ya no puedo seguir fingiendo que escucharte hablar no me trastorna.

Cerré los ojos cuando sentí que los labios de Alexander encontraban los míos; tibios, un poco fríos, otro tanto calientes... una mezcla de temperaturas que me hizo delirar. Olvidé los códigos, ignoré los cálculos; simplemente me entregué al momento al besar a

un desconocido, a un hombre mucho mayor, más poderoso y que bien podría estar jugando con mis emociones.

Su mano acarició mi mejilla, subió hasta la nuca y apretó, manteniéndome firme, haciendo gala de su control. Gemí y me levanté, solo para sentarme a horcajadas sobre su regazo, con las piernas abiertas, montada como una amazona sobre su caballo y no como una nerd que amaba los animes de romances pastelosos.

Me contoneé sobre él, buscando el roce que me proporcionara algo de alivio. Gemimos al unísono; yo no me detuve, no me daba vergüenza buscar mi propio placer, sobre todo porque sabía que nunca volveríamos a vernos.

—Ada —Alexander gimió mi nombre, besándome la barbilla y después el cuello—. No tienes ni idea de lo que me estás haciendo.

—Sé perfectamente lo que estoy haciendo —me froté un poco más contra él, atrapé su boca con la mía y le mordisqueé el labio inferior—. Esta soy yo usando toda tu potencia de procesamiento para que mi sistema alcance el clímax.

No dejé que dijera nada más; volví a besarlo mientras me contoneaba, sintiéndolo duro y pulsando entre mis piernas, deseando que no estuviéramos en medio de todo aquello, sino bajo las sábanas de un fin de semana sin compromisos.

Cuando el orgasmo me alcanzó, vino acompañado de empoderamiento, pero también de vergüenza. Nunca me había comportado de aquella manera; prácticamente había hecho realidad una fantasía que restringía solo a mis pensamientos, una intimidad que jamás pensé compartir con nadie. Me sentía libre bajo los términos definidos por la sociedad, pero la libertad sexual solo existía en mi imaginación.

Lo abracé con fuerza; él no se había corrido conmigo, o habría sentido la humedad entre nosotros. Sus brazos eran protectores; su mano, acariciándome la espalda, me brindaba un consuelo y un cariño que echaba tanto de menos.

—Ada...

—Lo siento, me tengo que ir —me bajé de su regazo de la misma forma que un gato huye de un ruido que lo asusta.

Solté mi taza de café junto al teclado, dejé el trabajo a medias y me olvidé de recoger algunos pedazos de mi corazón, que nunca deberían haberme acompañado en aquella misión. Crucé la puerta, recorrí apresurada los pasillos de la empresa y no le di explicaciones a nadie cuando llegué a la recepción del edificio comercial y gané las calles de la ciudad bajo una lluvia torrencial.

Alexander no me impidió marcharme.

El CEO de YasTech no me exigió nada más.

Pero la historia entre nosotros dos no había llegado a su fin.

Capítulo 5
Alexander

—Entonces, ¿está todo solucionado? —pregunté con firmeza.

—Sí, esa chica ha conseguido levantar el servidor. Los servicios de los que ella no se encargó, los terminé yo.

El técnico siguió hablando sobre estabilidad, pero su voz parecía venir de muy lejos, ajena a mis oídos distraídos. Confirmé con un asentimiento de cabeza que los mainframes estaban finalmente operativos y sin errores críticos; la Encantadora de Números había hecho un buen trabajo. Mis ojos escaneaban los alrededores, buscando una sombra que sabía que ya no estaba allí.

Hablé con el equipo de guardia, que seguiría vigilando debido a la lluvia y a la previsión de cortes de luz. Por mucho que mi visita inesperada y fuera de horario ya no fuera necesaria, no me iría a casa; me quedaría en mi loft, aislado en la planta superior.

Caminé por los pasillos fríos, sintiendo el peso del traje sobre los hombros e ignorando el dolor en mis partes por haber tenido que reprimir mi propio placer; me negaba a terminar aquel asunto sin Ada. Al menos, no en aquel momento.

La puerta del loft se abrió al mismo escenario de hacía unas horas, pero todo parecía distinto ahora. El aire aún conservaba el rastro sutil de su aroma: una mezcla de lluvia e incienso dulce. Caminé hasta el sofá donde ella había dormido antes de que empezara el caos de los servidores. Pasé la mano sobre la tela fría, imaginando el calor que su cuerpo habría dejado allí.

Me tumbé en el estrecho mueble, cerrando los ojos para escapar de la luz grisácea de la tarde lluviosa. Su olor me invadió, despertando el recuerdo físico de haberla tenido en mi regazo hace

apenas un rato. Recordé el contacto de sus piernas alrededor de mi cintura, la urgencia de aquellos gemidos ahogados. La diferencia de quince años entre nosotros parecía irrelevante ante la conexión tan intensa que habíamos compartido.

Yo era un hombre hecho y derecho, acostumbrado a dirigir destinos y a cerrar negocios de millones sin preocuparme por las vidas que estaba afectando. Sin embargo, una niñata de veintiún años había desmantelado mis defensas con apenas un par de miradas atrevidas. Ella era caos y orden, vulnerabilidad y fuerza; todo lo que yo no sabía que necesitaba. El cansancio finalmente pesó sobre mis recuerdos de pasión secreta, arrastrándome a un sueño inquieto y plagado de imágenes suyas.

La vibración súbita del móvil en el bolsillo del pantalón me despertó a mi pesar. Me incorporé al tiempo que cogía el aparato; un dolor de cabeza casi me impidió abrir los ojos, pero me obligué: tenía una empresa que dirigir. La pantalla iluminada mostraba un mensaje de un número desconocido, sin nombre guardado en mi agenda de contactos. Era inusual, ya que mi número privado era para muy pocos. Mi corazón se aceleró incluso antes de leer el contenido, breve y directo.

Desconocido >> El próximo viernes, Cafetería Ross, 18:00 horas.

No había saludos ni preguntas; solo una orden disfrazada de invitación que solo una persona tendría la audacia de enviar. Aunque nos conocíamos de hacía apenas unas horas, sabía que era la Encantadora de Números. ¿Cómo diablos había conseguido mi teléfono?

Sonreí a solas en el solitario loft, sintiendo una ligereza en el pecho que no experimentaba desde hacía muchos años. No había huido para no volver; solo estaba marcando el siguiente paso en nuestro algoritmo particular.

Volví a tumbarme, me puse el móvil sobre el pecho y suspiré, aferrándome a la frágil promesa digital que Ada me había hecho. La lluvia seguía golpeando los cristales, pero el frío del loft ya no me afectaba; en aquel momento, mi mente estaba muy bien acompañada al pensar en el futuro.

Exhalé un suspiro profundo, sintiendo cómo la esperanza se mezclaba con la certeza de que acudiría a aquel encuentro, pero no con las manos vacías. ¿Qué le gustaba? ¿Cuáles eran sus sueños? No debería estar haciendo planes con la chica que había irrumpido en mi servidor y ejecutado un programa que podría acabar con la privacidad de las personas, del mundo entero. Así es como veía a Ada en mi vida: peligrosa y visionaria, moviéndose en el estrecho límite entre el sentido común y la destrucción.

De una cosa estaba seguro: Ada Lovelace vislumbró máquinas capaces de pensar, pero no previó que nos ayudarían a encontrar el amor.

Agradecimientos

Este relato forma parte del proyecto de homenaje a las mujeres que nos inspiran, del DesafíoMariSales. Es gratificante formar parte de la literatura femenina, del universo de los libros de romance escritos por mujeres y para mujeres. No se trata solo del HOT, sino de la mirada amorosa de las mujeres sobre el amor.

Mi gratitud para mi familia (Fabricio, Amanda y Daniel), para mi compañera de trabajo Fran Barbosa y para las autoras que forman parte del DesafíoMariSales. Sois mi inspiración.

Gracias, queridos lectores, ¡vosotros hacéis que mi carrera prospere!

Con amor, cariño y gratitud.

Mari Sales

Sobre la Autora

Mari Sales es la 3ª autora más leída de Kindle Unlimited Brasil en los últimos diez años, con más de 50 e-books bestsellers y más de 100 publicaciones en Amazon Brasil, desde libros infantiles hasta romances adultos. Una cuiabana que vive en Campo Grande-MS, trabajó 14 años como Analista de Sistemas y publicó su primer e-book en junio de 2016. Cambió escribir líneas de código por historias de romances clichés inusitados en 2018. Conocida por sus dedos ágiles, también publicó más de 30 títulos en versión física en colaboración con el Grupo Editorial Portal, 5 títulos en audiolibro en Audible y comparte su conocimiento con otras autoras a través del proyecto DesafíoMariSales.

Site: http://www.autoraMariSales.com.br

Instagram: https://www.instagram.com/autoraMariSales/

Newsletter: http://bit.ly/37mPJGd

Mari Sales
ESCRITORA DE ROMANCES

Otras Obras


EU SOU
Mari Sales
ESCRITORA DE ROMANCES
Amor Perfeito
MARI SALES
3ª AUTORA MAIS LIDA DO KINDLE UNLIMITED BRASIL

Visite mi página web en Amazon y tenga acceso a mis eBooks, audioBooks y libros físicos.